

*La ignorancia de los eruditos
y otros ensayos*

WILLIAM HAZLITT

*La ignorancia
de los eruditos
y otros ensayos*



*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2015

Esta publicación fue realizada con el estímulo del Programa de Apoyo a la Traducción (PROTRAD) dependiente de instituciones culturales mexicanas.

LA IGNORANCIA DE LOS ERUDITOS Y OTROS ENSAYOS

D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

D.R. © Manuel Arroyo Stephens por el Prólogo
Primera edición: enero 2015

Traducción: Elizabeth Flores

En portada: Tiziano, *Baco* y *Ariadna* (detalle)

FICTICIA EDITORIAL

Editora: Mónica Villa

Director de la colección: Javier García-Galiano

Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian

Cotejo y cuidado de la edición: Nicolás Mutchinick Babinsky

Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard, Humberto Schettino

Magnolia 11, Col. San Angel Inn, C.P. 06060, México, D.F.

www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-054-4

Impreso y hecho en México

Contenido

Prólogo	9
Acercade esta edición.....	23
	
Sobre la relación entre los tragasapos y los tiranos	25
Sobre la razón y la imaginación	43
Sobre la ignorancia de los eruditos.....	69
Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud	87
Sobre la desventaja de la superioridad intelectual	101
Sobre el temor a la muerte.....	123
Sobre Shakespeare y Milton	143

Prólogo

C UENTA ECKERMANN que la mañana del día miércoles 25 le mostró Goethe unos poemas “extremadamente morales” que acababa de escribir y luego comentó: “Si el entendimiento y la cultura superior pudieran convertirse en un bien común, el poeta siempre tendría las de ganar”. Pero no siendo así, continúa, “tiene buenas razones para no enojar a la mayor parte de la gente con una franqueza excesiva”.

Ante la observación de Eckermann de que “muchas cosas residen en la forma”, conviene Goethe y observa: “Si se quisiera transferir el contenido de mis Elegías Romanas al tono y la forma métrica del Don Juan de Byron, lo que digo en ellas parecería terriblemente perverso”.

Estaban Maestro y amanuense en esas disquisiciones cuando les trajeron los periódicos franceses. La campaña contra los liberales españoles suscitó una gran interés en Goethe. El ejército francés enviado por Luis XVIII al mando del Duque de Angulema, los llamados Cien Mil Hijos de San Luis, habían invadido España para acabar con la breve vigencia de la Constitución de Cádiz, redactada y promulgada durante

el asedio del ejército de Napoleón. Abolida la Constitución por la nueva invasión francesa doce años más tarde, Fernando VII imponía el reino del terror al grito tan español de “¡Vivan las Cadenas!” y miles de liberales estaban siendo asesinados. Los partidarios de la Santa Alianza se hacían llamar “legitimistas”. Después de más de quince años de terribles guerras el país volvía a darse un baño de sangre, esta vez para consolidar el poder absoluto de los monarcas.

“No puedo menos que alabar a los Borbones por haber dado este paso”, observa el gran poeta alemán. “Los Borbones ganarán el trono en la medida en que se ganen al ejército, y eso lo han conseguido. El ejército francés ha confirmado su vieja gloria y ha puesto de manifiesto que sigue conservando su bravura interior y que es capaz de vencer sin Napoleón”. Goethe había sido Ministro del Ejército en el Ducado de Weimar y hablaba de asuntos militares con gran autoridad y suficiencia. “El zapatero a sus zapatos, el labrador a su arado, y el soberano a gobernar. Los legitimistas lo que tienen que hacer es actuar. Que hagan marchar a las tropas, que decapiten y cuelguen, pues así es como tiene que ser”. Goethe insiste en que siempre se ha manifestado como legitimista y ha hecho lo que tenía que hacer en los asuntos de que se ha ocupado, refiriéndose aparentemente a sus obligaciones políticas y militares. Como si las noticias que le llegaban de España lo hubiesen animado, cuenta Eckermann que durante el almuerzo ese día hizo gala de un humor espléndido.

Todavía le dio tiempo a Goethe ese miércoles a hacer otras observaciones interesantes. A propósito de Christoph Tiedge, un poeta mediocre y muy popular que defendía la inmortalidad del alma en su poema “Urania”, confiesa Goethe que “por mi parte no quisiera renunciar de ningún modo a la dicha de creer en una vida futura. Gracias a Tiedge pude hacer la observación de que, al igual que los nobles, también los devotos constituyen una suerte de aristocracia”. Pero la vida futura Goethe no quiere compartirla con cualquiera, y menos con las estúpidas mujeres que se sentían orgullosas porque Tiedge las había hecho sentirse inmortales. “Especular sobre la inmortalidad es bueno para las clases distinguidas y, sobre todo, para las mujeres, que no tienen otra cosa que hacer. También para los que en esta vida no han tenido todas las de ganar” concluye el poeta, que todavía tendría esa tarde tiempo para otras observaciones dignas de ser anotadas por el diligente Eckermann.

Uno de los que temían ser colgados o decapitados por el triunfo de los “legitimistas” que tanto alegraba a Goethe era el pintor Francisco de Goya. Temiendo por su vida en ese mismo mes de febrero Goya permanecía escondido en la casa de un amigo, el sacerdote aragonés José Duaso y Catre, en el centro de Madrid. Pocos meses antes, tres semanas después de la batalla del Trocadero, en las que treinta mil soldados de Angulema habían masacrado a cientos de liberales españoles y que fue celebrada en Francia como la restitución de la

gloria de su ejército después de la derrota de Waterloo, Goya había traspasado la propiedad de la Quinta del Sordo a su nieto Mariano, pues temía que se la expropiasen. Sordo y viejo, voluntariamente apartado del mundo, había pasado los últimos años pintando al fresco en las paredes de su casa en las afueras de Madrid uno de las más estremecedoras y significativas series de la pintura de todos los tiempos, las luego llamadas “pinturas negras”. No fue hasta el mes de mayo de ese año de 1824 cuando ante la brutalidad de la represión que se estaba ejerciendo en España la propia Santa Alianza presionó para que se dictase una amnistía que Goya se atrevió a salir de su escondite e inmediatamente solicitar un permiso para viajar a Francia, alegando como excusa sus problemas de salud. Se le concede un visado para ir a tomar unos baños en una ciudad del sur de Francia, donde llega poco después “sordo, viejo, torpe y débil, sin saber una palabra de francés, pero contento y deseoso de ver mundo”. Tiene en ese momento 78 años. Pocos tiempo después consigue un permiso para que se le sume su amante, Leocadia Zorrilla, cuarenta y dos años más joven que él y acusada por su marido ante los tribunales de adulterio, algo que le podría acarrear graves consecuencias. Poco después de su llegada a Burdeos Goya viaja a Paris, donde la policía lo vigila. En sus informes observan que está muy viejo y completamente sordo, que sale de casa para visitar monumentos y pasear por lugares públicos, que penas habla con nadie. Pronto dejan de prestarle atención.

En esos mismos meses de la primavera de 1824, en el corazón de la Santa Alianza, en la Viena de Metternich, Beethoven está preparando el estreno de su Quinta Sinfonía. Todo son dificultades, económicas y de todo tipo. Le vigila la policía mientras Beethoven en privado blasfema contra Austria y contra el gobierno. En la corte a Beethoven se le respeta pero se le tiene por un viejo loco y sordo que escribe una música que no le importa a nadie. La pasión del público y de la corte es Rossini. Beethoven tiene que perder su precioso tiempo en dar clases al archiduque Rodolfo, al que le acaban de nombrar arzobispo de Omütz y que coquetea con componer música de cámara. Pretende tratar a Beethoven como si fuese uno más de sus lacayos. Le tiene que recordar el compositor en una carta, donde se niega a estar a su disposición, que “yo nunca fui, todavía no soy, y no seré nunca, un cortesano”.

El nueve de mayo se estrena la Novena Sinfonía en un teatro donde el único palco vacío es el de la familia imperial. Tampoco es de extrañar porque esa sinfonía es un canto a los ideales democráticos y liberales que la corte de Viena está persiguiendo en toda Europa. El resultado económico del concierto es un desastre y Beethoven se pasa la noche sin dormir, sentado en una butaca, deprimido y desesperado. Sus dificultades económicas son angustiosas. Se organiza una segunda velada quince días más tarde y para intentar llevar público al teatro se anuncia como preludeo una obra de Rossini. Pero el teatro está vacío el día del concierto. La

música de Beethoven no interesa en la Viena que se ha convertido en la capital del estilo Biedermaier y de la reacción. Beethoven sueña con marcharse a Londres. La recién constituida Sociedad Filarmónica de esa ciudad no deja de insistir en invitarle y en encargarle obras y le ha adelantado el dinero que a la postre le servirá para pagar los gastos de su enfermedad y de su entierro.

En una pequeña habitación alquilada en el número 6 de Frith Street, en el barrio de Soho que empieza a ser el lugar del puterío londinense y que poco años más tarde será el barrio de Carlos Marx, agoniza el escritor William Hazlitt. Torturado por las continuas hemorragias de estómago, enfrentado a todos sus antiguos amigos, a los que ácidamente ha reprochado en numerosos ensayos la traición de sus ideales y su actitud acomodaticia con la Regencia, sólo le queda un amigo, el escritor Charles Lamb. Amenazado por la patrona, que quiere cobrar alquileres atrasados y echarle cuanto antes de la habitación, escribe una breve nota a un antiguo editor de Edimburgo. “Querido Señor; me estoy muriendo. ¿Podría enviarme diez libras y así consumir sus muchas atenciones conmigo? William Hazlitt”.

El editor envía cincuenta libras que le servirán a Hazlitt para pagar alquileres atrasados, médicos que con más o menos acierto le atienden y los gastos del entierro. Que “he tenido una vida feliz” son sus últimas palabras. El epitafio sobre su tumba es más explícito: “ Despreció a los Ricos y a los Poderosos, Amó al Pueblo y a los Oprimidos, Odió la Soberbia y el Poder,

Sacrificó el Dinero y la Fama a sus Principios”. Lo que no dice su epitafio es que escribió algunos de los ensayos más hermosos de la literatura inglesa. Escritor de la estirpe de Francis Bacon y Thomas Browne, vivió como diría Unamuno, otro escritor de su especie, “para inquirir verdad y decirla”. Se había escrito mucho antes de que llegara Hazlitt y se ha escrito mucho más después. Pero en cualquier antología de la literatura inglesa, por breve que sea, siempre habrá un lugar para algunas de sus páginas inmortales.

A pesar de su inmensa obra se le sigue hoy reprochando a Hazlitt, casi dos siglos después de su muerte, una vida y un carácter dispendioso y obsesivo, atormentado y autodestructivo. Los que lo hacen parecen ignorar que si necesitaba administrarse veneno era en beneficio propio, por ser como era y para escribir lo que escribía. Hombre de sólida formación filosófica, nadie antes como él había mezclado tan brillantemente las consideraciones generales con las personales, las ideas con la realidad que le tocó vivir. Llevó la prosa, hasta entonces un género menor, subordinado a la realidad que describía o comentaba, a la altura de la poesía, haciendo del ensayo periodístico una obra de arte. George Orwell o James Baldwin estarían a su altura siglo y medio más tarde. Es casi gracioso que a esa clase de artistas, los que viven como agarrados a un clavo ardiendo porque es su carácter y su destino, los que son fieles a sus principios, a sus pasiones, a sus ideales o a sus manías, se les siga exigiendo que

se comporten en su vida cotidiana como si fuesen bur-
gueses de provincias o funcionarios del Estado. ¡De
éste o de aquel Estado, para mayor escarnio! Es lo que
le reprochan esos a los que alude el epitafio y otros
bien pensantes profesores. Les hubiera gustado por lo
visto que fuera el escritor William Hazlitt un dechado
de pragmatismo y sentido común, un buen padre de
familia y un ciudadano honorable, un diligente pro-
fesor o un cortesano. En definitiva que hubiese cam-
biado los ideales de su juventud que constituyeron la
pasión de su vida por una actitud respetuosa hacia sus
intereses personales, por una postura acomodaticia y
cobarde ante los poderosos. Que se hubiese resignado
el fracaso de sus convicciones democráticas y hubiese
moderado su odio a las tiranías, encarnadas tan ejem-
plarmente en la “sangre espuria de los Borbones”.
El lema de Hazlitt podría haber sido el españolísimo
“sostenerla y no enmendarla”. Para mi eso le honra,
pero en cualquier caso constituye el carácter y la fuerza
que dio tan espléndidos frutos literarios. Eso es lo que
habría que agradecerle, pienso yo como lector, en vez
de reprocharle sus excesos, por los que tan caro pagó
en su vida, un pago que hizo con entera libertad, a su
costa y con mucho gusto.

Goya en el exilio de Burdeos vive feliz sus últimos
años. “Carezco de todo, “ escribe a un amigo, “lo úni-
co que me sobra es voluntad”. Pinta a todas horas, ha-
ciendo retratos al óleo de familiares y de amigos. Pinta
sobre madera, cartón o papel, sobre cualquier super-

ficie. Inventa una técnica para pintar sobre láminas de marfil, una miniaturas prodigiosas que parecen una mezcla de las pinceladas de Velázquez y de las “pinturas negras”, un anuncio de técnicas que investigarían décadas más tarde los impresionistas. Aprende a grabar en piedra, la nueva técnica de la litografía que acababa de inventar el alemán Senefelder, en el taller que Fulano había instalado en Burdeos. En uno de los cuadernos en que da rienda suelta a sus fantasías y sus pensamientos se hace un autorretrato extraordinariamente conmovedor. Encima de la figura de un viejo que parece salir de una cueva como si fuese un fantasma, con una gran melena blanca y larguísima barba desordenada y que apenas puede andar y se sostiene con sus fuertes manos agarrado a dos palos que hacen de bastones, vestido con una sayón que le llega hasta el suelo, escribe en grandes letras. “Aún aprendo”. ¿Cómo no evocar la anotación “Feeling new Strength” que hace Beethoven en el movimiento lento en D Mayor de su cuarteto 132, la frase con que termina su Opus 135, el famoso “Muss es sein? Es muss sein!”?

A partir del fracaso del estreno de la Quinta Sinfonía, Beethoven se encierra para componer sus Últimos Cuartetos. Nunca se había escrito ni se ha escrito un conjunto de obras musicales tan íntimo y tan ambicioso, un testamento tan estremecedor. Es inevitable compararlo con las Pinturas Negras que Goya, también aislado y sordo y voluntariamente apartado del mundo, había pintado para decorar las paredes La

Quinta del Sordo. Comparar o pensar juntos la Gran Fuga con el Saturno Devorando a sus Hijos, la Cavatina del cuarteto 130 con la Cabeza de Perro, el Canto de Acción de Gracias del opus 132 con el Autorretrato con el Doctor Arrieta, ambos dedicados a los médicos que les habían salvado la vida. Beethoven había llevado la música a la altura de la filosofía, de la filosofía como la entendieron los griegos, como vida ejemplar y digna de ser vivida, como constatación moral. Escribía Nietzsche, a propósito de Schopenhauer, que no le interesaba ningún filósofo si no podía servirle también de ejemplo, de ejemplo moral. ¿De qué otra cosa acaso se trataba con la filosofía? Esa es la tarea que había emprendido Goya con sus Caprichos y sus Disparates, con sus Desastres de la Guerra, con sus Pinturas Negras y con todo lo que pintó para sí mismo, lo que luego se ha llamado El Capricho y la Invencción. A partir de Goya y de Beethoven ni la música ni la pintura podrían dejar de tener un programa interior, un contenido moral, una estética personal. Ya no se trataba de ilustrar, de deleitar o de entretener a los espectadores, sino de cambiar la manera de vivir y ver el mundo, de exaltar la existencia de una manera trágica, como sólo el artista trágico, el que se enfrenta a su mundo y a su destino, puede hacerlo. Cuando escucho a Beethoven tengo una sensación: “estamos hechos el uno para el otro”. “It is we who are Hamlet”, escribe Hazlitt, dando como tantas otras veces no ya en el clavo, sino en la cabeza del clavo.

El caso de Goethe es distinto, es más bien el contrario. Escribió muy joven las obras que le dieron fama en toda Europa y que reflejan tan cumplidamente el espíritu de la época, el *Zeitgeist*. Pronto se colocó a entretener y servir de acompañante al joven archiduque Carlos Augusto de Weimar, que se aburría en la corte de su pequeño principado. En ella permaneció Goethe hasta el fin de sus días, desempeñando tareas políticas y burocráticas, entre ellas las de Ministro de Defensa y Finanzas. Todavía le quedó tiempo para escribir obras de teatro y para sus investigaciones alquímicas, geológicas, botánicas, físicas, anatómicas, biológicas, meteorológicas, entomológicas, por nombrar solo unas pocas en que se ocupó. En ninguna dejó dicho nada de importancia. También fue un gran coleccionista de todo tipo de objetos, pintó miles de paisajes, dirigió el teatro de la Corte, viajó a Italia, editó incontables revistas y mantuvo una extensa correspondencia con estadistas, eruditos, escritores y artistas de todos los países conocidos. Sus Obras Completas ocupan ciento cuarenta volúmenes, de buen tamaño y apretada letra. Cuando Beethoven le escribió rogando humildemente una suscripción para la edición de su Misa Solemne, con la que confiaba salir siquiera temporalmente de sus apuros económicos, el poeta del Olimpo no contestó. No se dignó contestar. Le trató con el mismo desdén con que años antes había tratado a Hölderling, el mayor poeta de Alemania, un hombre nacido para el canto, sólo para el canto. Lo tiene difí-

cil el que quiera admirar al poeta Goethe, incluso si lo lee en alemán. Puede ser cierto lo que dice el austriaco Thomas Bernard, que Goethe es simplemente un asunto entre alemanes.

A Hazlitt le importaba, y mucho, al contrario que a Goethe, la suerte de los liberales españoles, de las libertades en España. No la de los miserables Borbones, que reivindicaban a fuego y sangre el Absolutismo y el Derecho Divino de la Monarquía, el llamado “legitimismo” que tanto entusiasmaba al cortesano de Weimar. Es precisamente ese “legitimismo” lo que indignaba a Hazlitt y a lo que hace numerosos alusiones en los ensayos de la última época de su vida. Lo denuncia en su maravilloso “On the Pleasures of Hating”, en “What is the People?”, en “On the Connection Between Toad-Eaters and Tyrants”. *Toad-Eaters*, literalmente Comesapos, se traduciría en México como Lambiscones, en Cuba como Comemierdas, en España, siempre tan poco dados a las sutilezas, como Lameculos. Comesapos, Lambiscones, Comemierdas, Lameculos pues de los tiranos, son los que defienden el “legitimismo”, el Derecho Divino de los reyes, la Santa Alianza del Trono y el Altar. Hazlitt decía comprender mejor a los caníbales que se merendaban apaciblemente a un enemigo en una claro del bosque que a los cristianos que celebraban un Auto de Fe en la Plaza Mayor de una gran ciudad para quemar en la hoguera a sus vecinos por una divergencia teológica o por una opinión política. A diferencia de los caníbales, los

cortesanos comían con manteles y cubiertos de plata, antes o después de asistir a un concierto de Rossini. No les gustaba la música de Beethoven ni las Pinturas Negras de Goya, que en cualquier caso no estaban hechas para ellos. En España para mostrar su adaptación a los nuevos tiempos, el Borbón Fernando VII abolió la horca y el descuartizamiento e instituyó el garrote vil, la ejecución por estrangulamiento, un signo de misericordia hacia sus súbditos, que pervivió hasta hace poco tiempo. Siempre mostraron los Borbones una gran disposición para adaptarse a los nuevos tiempos. La mayor satisfacción que recibió Hazlitt poco antes de morir fue la caída de Carlos X, el último Borbón de Francia. No se había ganado por lo visto al ejército con la determinación que demandaba Goethe, esa habilidad interesada y servil con que se lo han ganado desde entonces los Borbones españoles. Por sus hechos los conoceréis: por sus traiciones a los Borbones, por su música a Beethoven, por su pintura a Goya, por sus escritos a Hazlitt. No hay nada más justo, ni más exacto.

MANUEL ARROYO STEPHENS

Acerca de esta edición



Los artículos de William Hazlitt antologados y traducidos bajo el título de *La ignorancia de los eruditos y otros ensayos*, se publicaron originalmente en diversas revistas y periódicos entre 1817 y 1827. “Sobre la ignorancia de los eruditos” (1818), “Sobre la desventaja de la superioridad intelectual” (1822) y “Sobre el temor a la muerte” (1822) se publicaron en *Table Talk*. “Sobre Shakespeare y Milton” (1818) se publicó en *Essays and Characters*. “Sobre la relación entre los tragasapos y los tiranos” (1819) se publicó en *Political Essays*. “Sobre la razón y la imaginación” (1826) se publicó en *The Plain Speaker* y “Sobre el sentimiento de inmortalidad en la juventud” (1827) en *Literary Remains*.

En todos los ensayos se privilegió el fondo sobre la forma en su traducción al español contemporáneo, y se puntualizaron en lo posible las citas a las que se refiere Hazlitt en cada uno de sus escritos, manteniendo —y así se indica en cada una— las que el propio escritor señaló en los textos originales.

Agradecemos al editor y escritor Manuel Arroyo habernos permitido transcribir su Presentación sobre William Hazlitt con la que inicia el volumen presente, así como su asesoría para la realización de este libro.

LA EDITORA

Sobre la relación entre los tragasapos y los tiranos¹



1. Toadeaters. Así se llamaba al palero inglés que comía sapos supuestamente venenosos para que el charlatán en turno lo curara. La palabra se emplea para hablar de personas serviles, aduladoras, lo que en México se conocen como lambiscones.

Sin duda, el placer es tan grande
cuando se nos engaña como cuando engañamos.

Samuel Butler, *Hudibras*, II.iii.

HACE ALGÚN TIEMPO, le prometimos a nuestro amigo, el Sr. Robert Owen, una explicación sobre algunas de las causas que impiden el progreso natural de la libertad y de la felicidad humana. En parte cumplimos con esta promesa con lo que dijimos en *Coriolanus* y, en este artículo, trataremos de abundar en ello. Le concedemos a nuestro ingenioso y romántico amigo que el progreso del conocimiento y el de la civilización es, por sí mismo, favorable para la libertad y la igualdad, y que el flujo de pensamiento y la opinión general así lo considera. Es así hasta que al poder le parece que la marea del sentimiento público está ganando demasiada fuerza y se alista para arrancar las raíces podridas y “atravesar las paredes del castillo”.² Es entonces cuando tra-

2. William Shakespeare, *Ricardo II*, III.ii.

maron revertir el flujo del conocimiento y dicho sentimiento en dirección contraria; ya fuera sobornando a la razón para que fuera en contra de la naturaleza humana, o golpeándoles la cabeza para obtener resultados más inmediatos. Así, en el año 1792, el Sr. Burke recibió un subsidio por escribir un libro en contra de la Revolución francesa y se consideró al Sr. Thomas Paine un criminal por escribir *Los derechos del hombre*. Desde entonces, la prensa se ha convertido en el gran enemigo de la libertad. Todo el peso de esa inmensa máquina (para propósitos buenos o malos) genera una parcialidad fatal a través de sus dos ramas principales: el terror y el favor.

El poder se aprovecha de las debilidades del intelecto humano para dirigirlo hacia los peores propósitos. Esto lo hace cuando considera que el ejercicio de la libre expresión no está de acuerdo con la existencia y el ejercicio descontrolado del poder arbitrario. Las debilidades son cuatro: lo ordinario de la imaginación, que se deja seducir por apariencias externas y se aleja del búsqueda del verdadero bien último; la sutileza propia del entendimiento que mitiga con endebles sofismas los abusos más flagrantes; el interés y la ambición en el mundo y, finalmente, las disputas y los celos entre los hombres de letras. Ningún otro tipo de personas es tan incapaz de funcionar en *unidad* como los hombres de letras. Todos sus puntos de vista son solitarios y aislados (pues la mente se mueve por la energía individual y no por cantidad); sus motivos, buenos o malos, son personales; su vanidad es elitista; su amor por la verdad es indepen-

diente; no existen para preservar, sino para destruir a su propia especie; no los gobierna el espíritu de la unanimidad, sino el de la contradicción. Difícilmente aceptarían que algo está bien o mal, si no fueron ellos los primeros en descubrirlos. Están dispuestos a demostrar que las mejores cosas del mundo son las peores y que las peores son las mejores, sólo por el puro impulso de la esplénica y arrogante opinión que tienen de sí mismos y con más razón si les pagan bien por ello —no que el interés sea la pasión que los rige, pero si los influye, al igual que a otros hombres, de manera silenciosa, invisible, siempre que llega a un acuerdo con sus vanidades. Este rasgo de los hombres de letras es tan conocido, que Shakespeare hace que Bruto proteste la pertinencia de que se incluya a Cicerón en su empresa partiendo del mismo principio:

Oh, no lo nombres a él: no le contemos nuestros planes;
pues nunca participará en algo
que otro hombre haya iniciado³

En su totalidad, las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* del Sr. Burke⁴ son un comentario elaborado y acusador sobre este corto texto. Disputa contra la Revolución francesa por rencor hacia Rousseau, cuya chispa

3. Shakespeare, *Julio César*, II.i.

4. Cuando la obra se publicó por primera vez, el Rey mandó empastar copias en Marruecos y se las regaló a sus súbditos predilectos diciendo: “Es un libro que todo caballero debería leer! (Nota de Hazlitt).

genial encendió la llama de la libertad en una nación. Por tanto, intentó extinguir la flama —apagar la luz; y tuvo éxito, porque hubo otros como él, dispuestos a sacrificar cualquier principio viril y generoso para servir al mórbido, enfermizo, afeminado, ínfimo, egoísta, irritable y sucio espíritu de la autoridad. De acuerdo con el testimonio valioso y competente del Sr. Coleridge (véase su *Lay Sermon*), dichas personas no sólo hacen de la distinción entre ateísmo y religión una simple pantalla para la indulgencia de sus inútiles vanidades, sino que subordinan asuntos de vital importancia como la libertad y la esclavitud, los derechos del hombre, o el derecho divino de los reyes para gobernar a millones como esclavos por siempre. Subordinaron estos asuntos vitales y de gran importancia (y la persona que los pone en riesgo de manera voluntaria y consciente es un traidor a sí mismo y toda su especie) a la baja, insignificante y despreciable gratificación de sus envidias literarias. No recapitularemos la dolorosa lista de ejemplos; pero tampoco podemos olvidarla. Todos ellos, o casi todos, consiguieron pasarse, uno tras otro, al lado en el que podían obtener “elogios vacíos u oro sólido”.⁵ No les era posible vivir sin las sonrisas de los importantes (no ellos), ni colaborar con un establecimiento creciente sin perder cara. En vez de dedicarse a algún negocio redituable y canjear sus libras por libros de contabilidad, sus plumas por el arado (el camino honesto hacia la riqueza), prefirieron prosti-

5. Alexander Pope, *The Dunciad*, 1729.



«LA IGNORANCIA DE LOS ERUDITOS Y OTROS ENSAYOS»

DE WILLIAM HAZLITT

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA DE LA CANDELARIA (2 DE
FEBRERO) DE 2015 EN LOS TALLERES DE EDICIONES M Y M S.
DE R.L. DE C.V., CONRADO PELAYO NÚM. 33 COL. TLAHUAC,
MÉXICO, D.F. C.P. 13200

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.

